

Javier PÉREZ ANDÚJA. *Los príncipes valientes*. Barcelona: Tusquets, 2007, 233 pp.

Esta primera novela de este autor catalán (1964) y columnista de la edición catalana de “El País” se puede integrar a primera vista en un subgénero de novela con mucha tradición: la novela de adolescentes. Pensemos solamente en obras como *Recuerdos de niñez y de mocedad* de Miguel de Unamuno o en la famosa trilogía de los recuerdos de juventud de Marcel Pagnol. Y, efectivamente, en esta novela hay dos protagonistas-niños, que tendrán alrededor de diez años, el narrador y su amigo íntimo Ruiz de Hita. El narrador es hijo de una familia de obreros industriales y, el amigo, hijo de un guardia civil (como se descubrirá solamente al final de la historia). Viven en un barrio periférico muy pobre de Barcelona, donde dominan las torres eléctricas y reina la suciedad. Según la tradición de la novela de adolescentes el lector tendría que vivir ahora con los jóvenes sus aventuras, sus primeros amores, su despertar al mundo en el contexto social en el que viven desde la perspectiva del narrador adulto. Pero no, el autor —en un entusiasmo por la palabra escrita— prefiere analizar y comentar un montón de libros, tebeos y series de televisión para jóvenes, que estaban de moda en 1974, el año de los hechos narrados, calculado por varios indicios del texto. Así, se aprende mucho sobre Pan Tau, Colombo, Kojak, King Kong, Enid Blyton, Asterix, James Bond, Jack London, El Conde de Montecristo y... *El príncipe valiente*, una serie de tebeos, que el amigo Ruiz de Hita le regala al narrador a la hora de despedirse de él por traslado de su padre a otro sitio.

Este curso sobre la recepción de la literatura juvenil en los años 70 del siglo pasado se ve muchas veces interrumpido por comparaciones con “la literatura adulta”, por ejemplo, cuando compara a Colombo con el *Quijote* o los cuentos de Poe con las novelas de Julio Verne. Hay una abundancia de alusiones literarias con nombres sonantes como Cela, Manrique, Dickens, Stevenson, Cocteau, Larra, Sartre, Proust, para mencionar solamente unos pocos. No. Definitivamente no se trata de una novela de adolescentes. Los pocos elementos característicos para una novela —así como las tres niñas vecinas Marta, Clara y Anita, el tío Ginés o la exploración de la casa de los gatos— quedan muy marginales y sin vida, secos como las hojas de un libro. Ni siquiera los dos amigos protagonistas tienen mucha vida propia, permanecen esquemáticos y funcionan solamente como herramientas en la intención docente del autor. El profesor de literatura no consigue hacerse creador de un mundo novelesco. Es sintomático que el amigo en la novela no se llama Juan o Pablo, sino Ruiz de Hita. Esto me parece una clara alusión a Juan Ruiz, el autor del *Libro de buen amor* —el Arcipreste de Hita— uno de

Reseñas

los pilares fundamentales de la literatura española. En suma, un libro de estudios literarios más bien que una novela.

Ewald Weitzdörfer
Zwanzigerstr. 34
87435 Kempeten, Alemania
Weitzd@web.de

Alejandro ZAMBRA. *La vida privada de los árboles*. Barcelona: Anagrama, 2007, 117 pp.

Como un espejo, esta segunda obra narrativa (¿se trata de una novela?) de este joven autor chileno (Santiago, 1975) refleja la vida típica de la sociedad post 68 que, por un efecto de la globalización, obviamente es la misma en Santiago de Chile como en cualquier capital del mundo donde fue creada. Julián, el protagonista, un profesor de treinta años, que tiene varios empleos docentes en la capital chilena, había vivido por un tiempo breve con Karla hasta que ésta desapareció dejándole en grandes letras en la pared, como otro “Menetekel”, este mensaje: “Ándate de mi casa conchatumadre” (50). Después de este fracaso en su vida amorosa se casa con Verónica, que había estado casada durante tres meses con Fernando y que tiene una hija de éste, Daniela. Bueno, tal es la constelación de los protagonistas. A partir de ella el autor evoca una noche, tres años después de la boda de Julián y de Verónica, en la que Julián espera la vuelta de su mujer de su clase de dibujo. Trata de hacer dormir a Daniela, que ahora tiene ocho años, con una serie de historias inventadas por él con el título “La vida privada de los árboles”. La niña se duerme pronto y se despierta solamente una vez en la noche, así que Julián tiene tiempo de sobra para sus reflexiones sobre el pasado y sus visiones del futuro, por ejemplo, sobre su tiempo con Karla o sobre la situación cuando Daniela esté adulta y trabaje de psicóloga en la radio viviendo con Ernesto, su pareja.

Durante estas reflexiones y visiones, Julián hace conjeturas sobre las causas de la demora de Verónica. ¿Estará en una avenida de mucho tráfico con un neumático de su auto pinchado o haciendo el amor con su profesor de dibujo? La respuesta a estas preguntas, no la sabremos. Sea como fuera, al final de la narración Julián lleva a la niña al colegio. Verónica definitivamente no ha vuelto. Parece que el carrusel de relaciones amorosas va a ponerse otra vez en marcha.

Zambra consigue mantener el *suspense* hasta el desenlace, divirtiendo al lector con una prosa espontánea y directa, ligera y corriente, donde no faltan ni la ironía crítica ni la poesía. Un estilo que sugiere un narrador como